

poso de caciquismo y servilismo que aún pervive. El modelo de familia campesina de fuertes convicciones católicas forjadas en el duro trabajo de la tierra, la imagen de un nuevo mundo rural donde residía la reserva espiritual de occidente, sobre la que se fundó el modelo colonizador, no era más que una de las tantas mentiras del franquismo.

Los nuevos colonos no eran otra cosa que trabajadores del campo herederos de clase de aquellos que protagonizaron las revueltas campesinas andaluzas del XIX, adocenados por el hambre, el control social impuesto por el INC y la presión policial del Régimen. No era posible a la fuerza hacer de ellos agricultores de regadío. No era posible garantizar la supervivencia de familias de siete miembros cuando los lotes de tierra apenas llegaban a las cinco hectáreas. No era posible crear un tejido de pequeños campesinos independientes en un contexto en el que las instituciones, el crédito, la tecnología y los mercados se encontraban controlados por la clase terrateniente local afecta al Régimen.

La colonización del Guadalquivir no supuso otra cosa que la "proletarización" del campesinado en el marco de un proyecto más amplio de desarrollo de la agricultura industrial en el país. Este es el modelo que ha fracasado y que nada tiene que ver con las aspiraciones de Reforma Agraria que defendieron liberales y socialistas como el jerezano Ramón de Cala durante las primeras décadas del siglo XX.

Son, sin embargo, estos principios los que parecen subyacer en algunos de los diseños constructivos realizados por los ingenieros que participaron en la construcción de los nuevos poblados. Recorriendo localidades como Torrecera o Majarromaque (José Antonio), puede intuirse un programa que nos acerca más a los ideales del socialismo utópico que a los valores nacionalcatólicos. Los nuevos asentamientos aparecen aquí como comunidades autosuficientes conformadas por pequeños campesinos y artesanos y organizadas en torno a una asamblea vecinal democrática. En estos casos, los poblados se dotan de edificios comunitarios, huertos que garantizaran la autosuficiencia alimentaria, un pequeño bosque donde obtener madera para la construcción y energía, una plaza de encuentro donde se instalan locales para artesanos, instalaciones para la organización cooperativa de la producción agraria e iglesia. El impacto visual del poblado y las construcciones individuales constituyen una interpretación de la arquitectura vernácula andaluza recogiendo, en parte, el espíritu romántico del regionalismo andaluz de principios del XX.

Y este contraste entre lo que nos dicen las piedras y lo que nos dice la historia, las instituciones y las gentes, puede constituirse en la marca de identidad de estas tierras. Recorriendo los poblados de colonización del Guadalquivir puede vivirse esa confrontación dialéctica entre dos formas de interpretar el mundo: el hombre puro, sólo ante la naturaleza del socialismo utópico, frente al hombre como pieza alienada dentro del orden superior del estado fascista. La primera no ha sobrevivido. La segunda no dejó vivir a la primera.

Opinión del lector

Domingo Valderrama

Los Pueblos de Colonización pueden y deben asociarse a los conceptos de patrimonio histórico-cultural y la posible pérdida de referencia de estos poblados y de su historia podría suponer una privación irreparable de información de un modelo de vida rural que perdura en el tiempo a pesar de haber desaparecido las causas de su creación y de su impulsor. Asimismo, debemos tener en cuenta que nuestro silencio y/o indiferencia supondría un castigo para los verdaderos actores de la historia de la "Colonización" en España, que no son otros que los agricultores y sus familias.

Por otro lado, hay que considerar que, aparte de las posibles singularidades arquitectónicas o de cualquier otro tipo que puedan existir en algunos de estos poblados de Colonización, existen pueblos enteros que deberían ser puestos en valor, protegidos y conservados. Así ocurre con Guadalema de los Quinteros (Utrera, Sevilla), caso que puede ser ampliado a través de la publicación Guadalema, un sueño de los Quinteros, editada por el Ayuntamiento de Utrera e impresa por la Diputación de Sevilla, coincidiendo con el 50 aniversario de su fundación (1948-1998).

Para concluir, quisiera reconocer las figuras del IARA y del IRYDA, organismos autónomos adscritos a la Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía y al Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, respectivamente, y depositarios, el uno del inventario de los poblados de Colonización en Andalucía, y de la documentación que a nivel Central pueda existir sobre los poblados de Colonización, el segundo.